

Mitológico

La *Esmeralda* ya recibió su primer espolonazo a las siete de la mañana. Con él se fue toda esperanza de victoria. Ya no son las siete.

Miles de nubes pequeñas contienen un cielo que no quiere despejarse. Abajo, las olas se desatan sobre la arena de la bahía. Las gaviotas exclaman en su idioma incomprensible, ajenas a la batalla que crece cerca del suelo. Es un día cualquiera, ni más ni menos.

Una espalda tensa se proyecta contra el puerto. Arturo atosiga el horizonte, buscando esos detalles ocultos que podrían entorpecer sus planes. Luego se les llamaría imprevistos. Necesita tiempo a favor, así que no hay información trivial. Una orden descoordinada puede arruinar posibilidades y las mejores ya se han esfumado.

La piel que contiene al marino se parece cada vez más a un frágil frasco de cerámica. ¿Qué lo sostiene en pie y derecho? Las respuestas pueden ser tan diferentes como personas hay. Ira por los tratos que no se respetaron. La locura de que el futuro ya no se ve. El miedo a la muerte inminente. El deseo de rendirse, para vivir a pesar de todo.

Miguel Grau es un navegante experto y guerrero tenaz. Aun después de la derrota, seguirá estragando a la flota chilena. Será su contrincante fantasma, hasta que su poderoso buque cañonero, el *Huáscar*, sea capturado en la batalla de Angamos.

Para él, el presente se ve casi ganado. Se enfrenta contra la *Esmeralda*. Esa excusa de barquillo chileno ni en sus mejores sueños podrá devolver los ataques. Grau no permitirá que quede astilla sobre astilla. El hundimiento es inexorable. La *Independencia* peruana se aproxima a lo lejos, lista para despedazar a la *Covadonga*, que tampoco será un desafío. Lo hará como lo hace ahora el *Huáscar* con la *Esmeralda*.

La tiene a cañonazos, una sombra desplomándose.

Arturo Prat la había situado justo delante de la bahía de Iquique, entonces

peruana. Esto la mantuvo un rato a salvo, porque Grau no puede bombardear una zona frecuentada por sus propios civiles. Pero ha superado esta estrategia acercándose lo suficiente. Son las once de la mañana.

Ahora, más cerca. El espolón es la punta de la nave. Cuando el barco ataca enterrándola, concentra toda su fuerza ahí. Esta vez la *Esmeralda* se parte. Los chilenos están a punto de saltar a la cubierta del *Huáscar*. Tienen todo en su contra. No se nota en la pasión de la batalla, pero cada uno de ellos sabe que están defendiendo una realidad prosaica: los números.

Perú y Bolivia lanzan sus siete mil quinientos contra los dos mil cuatrocientos soldados del Ejército Chileno. Pero todos los países han sido azotados por la misma crisis destructora. Tienen poco que ofrecer a sus soldados en el necesario sentido material.

Es difícil saber si los chilenos lograrán tomar Lima por asalto para finalmente marcar sus límites, o serán frenados en el tórrido Norte. Todos estarán combatiendo no solo al invasor. También su debilidad corporal. Esta es una guerra de avance y resistencia.

El éxito se funda en el acero: estudiar la tierra, cuidar los recursos y calcular al milímetro, obedeciendo a las cifras más exacta ¿Tendrá un soldado suministros de agua suficientes para cruzar vivo el despoblado de Atacama? ¿Y un batallón?

Todo se debe medir, pesar, evaluar, descartar, cotizar, intentar reemplazar, reevaluar, asegurar y aprovisionar. Todo cambiará al mínimo cambio.

El ejército de Perú y Bolivia es un ejército de números: sus numerosas elecciones presidenciales que delatan inestabilidad política, el cuarteto de hambruna, pobreza, peste y terremoto que los asolan, más los números inciertos que no se calcularon para cuidar de los soldados. Números que en su rígido desorden marchan condenados hacia el fracaso. Aunque nadie diría eso hoy, en la bahía.

El ejército chileno está hecho con tarros de leche condensada, charqui, galletas, y porotos. Cada alimento fue pensado de manera concreta para compensar el consumo calórico de un hombre promedio en tal situación. Tienen uniformes, todos del mismo color, armamento actualizado y dispenseras contratadas para

curar heridas con los implementos necesarios.

Chile apuesta por la planificación de Rafael Sotomayor, pero en este momento el equilibrio económico es precario y la guerra que comienza habrá de decidirse con el número dos, por las dos naves chilenas que están a punto de perderse.

Prat se acerca. Entiende con tristeza que este inicio es todo lo que podrá dar. Entregará su tiempo para que escape la *Covadonga*. En el futuro, permanecerá en silencio. Su memoria recorrió los recuerdos de su vida construida con cuidado, rápido. Su niñez había sido enfermiza, pero su alma fuerte no, y pudo convertirse en marino. Había terminado hace poco sus estudios de abogado, pero su sueño de hacer carrera como diplomático, permanecerá intacto.

El fin está cerca. Busca más íntimamente. Recuerda a la alegre Carmela que lo enamoró y aceptó el precio de casarse con un patriota cuando Chile sufría los bravucones de Perú y Bolivia, que presionaban para conseguir sus objetivos económicos. Le dio hijos que ya no podrá ver crecer.

No sabe qué pasará mañana. Sabe lo que tiene que hacer: obedecer las órdenes dadas por los comandos superiores hasta últimas consecuencias. Jamás sabrá que con su sacrificio salvó a la *Covadonga* para Chile y que la *Independencia* caería bombardeada poco después. O que su hazaña se escuchará con tanta fuerza que días después, más de nueve mil marinos conocerían su nombre y seguirían su espíritu fiel, reclutándose para ganar la Guerra del Pacífico.

Mira el mar, más cambiante que la música. ¿Podría hastiarlo alguna vez? Ha aprendido a habitar sus distintos ánimos con paciencia. Sabe que jamás podrá terminar de conocerlo, ni en su tranquilidad ni en su furia, menos controlarlo. Fue el compañero perfecto para su espíritu inquieto. Ahora se lo llevará consigo, junto con su Dios de amor valiente.

Las palabras luchan por salir de su garganta, pero habla claro. Cuando el frasco se quiebra libera su perfume. Tiene poco tiempo, pero lo hará valer con su coraje humano colosal, de dimensiones casi mitológicas, más que que Cai Cai y Tren Tren Vilú, la Pincoya, el Caleuche, el Pillán, el Tue Tue y el resto del bestiario.

Se termina de desprender de lo que fue, hasta que solo queda Arturo. Y salta al abordaje.

La gaviota cantarina